CALLA EN SUS RAÍCES

EN el centro, el torso del olivo,
que sufre y fructifica;
al otro lado, la corteza del pan,
donde se sienta y piensa;
encima, el ramo blanco
de la leche,
recia, como una tela;
y más abajo, los pelos eróticos
y el cuero pulido de la pana,
y enfrente el espejito de la Virgen colorada,
de papel, para las tormentas.
Y, también, en sitio principal,
un margen fúnebre.

Con su sombrero y su puño
avanza por el día solar, tieso y grave,
respetuoso
ante el escribano agorero,
que vuela de levita sobre el muladar.

Con su barba de romance
acomoda su sombra chata
en el hueco de las doce más altas,
rodeado de silencio, junto al vino;
y cuando habla, el idioma
se le hace letras, muy prudente.

Pinta negro y sueña
agarrado a un palo;
no hay distancia emocional
entre su camisa y las cosechas;

no hay tampoco peso
semejante a sus sentencias específicas.

Tiene sus manos, muy amadas,
que ocupan un puesto de honor en la familia;
tiene sol propio, que canta matutino,
y a su mujer, también de tierra,
a la que trata con su arado.

Crece escueto, vive aparte,
calla en sus raíces; le hurgan
moscas, impuestos. A veces,
muere el grano
y va a rezarle a la espiga en el nombre
del hambre que rechina.
Con sus grandes uñas
pregunta al cielo y todo a su alrededor
suele crujir, crujir,
si se concentra.



PABLO CORBALÁN